

¡Haaaaaaaaga el cambio!

Juan Carlos Orrego Arismendi

En su famoso ensayo sobre el Tour de Francia, Roland Barthes apunta que el carácter épico de la competencia se debe, sobre todo, al lenguaje que la rodea; a él le parece definitivo, por ejemplo, que a Louison Bobet lo haya tratado la prensa como un “Satanás de la bicicleta”, sugiriendo que, sin ese apelativo, su potencia deportiva no sería la misma. Con todo, las solas palabras no bastan para forjar el mejor recuerdo de una gesta como la ciclística: también es necesario haberla visto. Si bastara con el solo verbo, a mí me hubiera quedado la mejor idea de los ciclistas colombianos que hicieron vibrar a mis tíos maternos en los años sesenta y setenta, pero la verdad es que esas noticias siempre me han parecido insidiosamente románticas, cuando no sosas y ajena. Nunca me han conmovido, por ejemplo, las aventuras de “Cochise” Rodríguez —de la misma manera que, en el fútbol, no siento ningún interés por Pelé—; para mí, el ex corredor del Bianchi-Campagnolo es solo un señor viejo y mal portado —por infatulado— cada vez que le acercan un micrófono.

Soy de los que nacieron para la afición ciclística —a pesar de que jamás aprendí a montar en bicicleta— en el primer lustro de los ochenta, por la época en que los colombianos corrieron por primera vez el Tour de Francia y Martín Ramírez ganó la Dauphiné Liberé. Como a muchos de los que por entonces observamos, con el alma en vilo, las transmisiones televisivas en directo o los compactos de los noticieros, tengo grabadas en la retina imágenes como la de Patrocinio Jiménez al pasar primero por el Tourmalet en el Tour de 1983 —le alargaron periódicos para que se los acomodara entre el pecho y la camiseta, pero él no conocía la cos-

tumbre o no le importaba, y siguió de largo—; como la de Lucho Herrera, con una sonrisa de Mickey Mouse, levantando los brazos en Alpe d’Huez en 1984; o como la del Tomate Agudelo cuando, con modestia campesina que le impidió hacer el mínimo gesto de triunfo, se llevó la etapa del Alto de Campoo en la Vuelta a España de 1985. De hecho, esa escena española de hace treinta años es el mejor ejemplo de la tesis de que lo memorable se apuntala tanto en la imagen como en la palabra; porque, mientras creo ver al Tomate superando en el embalaje a Robert Millar y a Peio Ruiz Cabestany, escucho, al mismo tiempo, una voz emocionada que repite frenéticamente el apodo solanáceo hasta caer en un falsete, justo cuando el hijo de Donmatías cruza la raya de meta: “¡Tomate, Tomate, Tomate, Tomaaaaaaaata...”. Si no me engaño, esa es la voz de Alfredo Castro, el más famoso de los narradores ciclísticos de Caracol Radio.

Las palabras de mis primeras vivencias ciclísticas son las de los hombres de la radio colombiana, entre quienes recuerdo, sobre todo, al citado Alfredo Castro, a Julio Arrastía Bricca, a Marco Tulio Ipuerto, a César Augusto Tobón, a Rubén Darío Arcila y a Héctor Urrego. Eso sí, mi hermano y yo preferíamos sintonizar las emisoras de Caracol y solo cuando había transmisión exclusiva optábamos por RCN, quizá por una razón tan caprichosa como visceral: y era que Héctor Urrego —el capo de esa escuadra— encarnaba la odiosa versión imperfecta de nuestro apellido, cuya inicial, redonda y oronda, nos era escamoteada una y otra vez en el colegio. Todas esas voces radiales eran nuestras compañeras —las que nos daban las peores y las mejores noticias, y no pocas veces hacían

el telón de fondo de nuestros gritos — cuando, en las mañanas de la temporada de las grandes vueltas, nos sentábamos frente al televisor para ver las hazañas de nuestros compatriotas. Pero los locutores también acunaban nuestro sueño de madrugada, pues hacíamos sonar el radio-reloj desde muy temprano, con la idea de tener noticias de las etapas desde sus primeros kilómetros. Recuerdo especialmente que mi hermano, en alguna de las versiones de la etapa del Tourmalet, programó el aparato para que se encendiera a las 4:30 de la mañana.

Muy a pesar de la solemne reflexión de Barthes, en mi cabeza, aunque quedaron las palabras de los narradores finamente unidas a las imágenes recordadas, muy poco en ellas conserva un olor propiamente épico. Como no sean las palabras de Rubén Darío Arcila cuando Lucho Herrera encaraba los últimos metros que lo separaban del título de la Vuelta a España de 1987: — “¡Se ve llegar! ¡Se ve llegar! ¡Herrera es una bandera desplegada!... ¡Cabalga la alegría en un caballito de acero!” —, apenas recuerdo alguna gravedad mítica o literaria en la transmisión de la contrarreloj que, en el Tour del mismo año, trepó al Mont Ventoux. La escalada de esa mítica montaña — que, dicho sea de paso, Barthes llama “dios del Mal” y “Verdadero Moloch, déspota de los ciclistas” — representaba una de las pocas esperanzas de triunfo colombiano en aquella edición de la gran carrera. Todo iba a pedir de boca, con Lucho Herrera trepado en lo más alto del reloj, hasta que Jean-François Bernard pasó por el último punto de referencia; entonces se oyó, desde uno de los vehículos de transmisión móvil de Caracol, interferida por la estática, una frase lúgubre de César Augusto Tobón: “Los mató a todos”. Tan aciaga noticia, contada con tanta austeridad, era lo que mejor se avenía con la maldita sequedad de la montaña de los vientos. Ese año no ganamos ninguna etapa en el Tour.

Las otras voces radiales que rondan mi cabeza son mucho más festivas. Mi hermano y yo,

por ejemplo, nunca tomamos del todo en serio las emociones patrióticas de los narradores, de modo que sentíamos más risa que emoción cuando, con cada triunfo de etapa, desplegaban su oratoria victoriosa sobre el fondo musical del himno nacional, el que incluso hicieron sonar cuando, a cientos de kilómetros de la meta en Bagnères-de-Luchon, Patrocinio Jiménez ganó el premio de montaña en el Tourmalet. También nos mofábamos de una frase dedicada a Lucho Herrera que solía repetirse en las propagandas de la transmisión, y en vez de recitar cabalmente: “Ahí viene Herrera, el portento colombiano por las montañas europeas” preferíamos decir “el jumento colombiano”, pero, eso sí, con la ternura que nos había dejado el conocimiento — en alguna edición juvenil de *Don Quijote de la Mancha* — de Sancho Panza, profunda y lealmente enamorado de su rucio. Como quiera que sea, la mejor prueba del profano oído que prestábamos a las transmisiones radiales radica en que, más que la emocionada descripción de los momentos históricos — Fabio Parra y Lucho Herrera haciendo el 1-2 en Lans-en-Vercors; El Jardinerito bajando, ensangrentado, hacia Saint-Étienne; él mismo, despedazando rivales en Covadonga —, en el rincón más cálido de nuestra memoria quedaron fijados los ritos publicitarios de los hombres del micrófono: “Marco Tulio Ipuerto, ¡haaaaaaaaaga el cambio”. “¡Ya lo hice, con Rimula, que mantiene la viscosidad y el motor le dura más!”. Olvidaré muchas cosas, antes que las palabras de ese conjuro comercial.

No menos graciosas que todo lo anterior eran las intervenciones de Julio Arrastía Bricca, un viejo argentino con pañuelo amarrado al cuello. Era el Hernán Peláez del ciclismo: sus palabras estaban untadas de la magia de lo venerable, por más que fueran anecdoticas antes que analíticas, y no pocas veces inexactas. Varias veces llegó a suceder que, como consecuencia de una fuga, se acercaran a disputar la etapa cuatro o cinco corredores; entonces, Arrastía solía decir algo como esto: “Atención:



© Kevin Simón Mancera, *Fabio Parra*

el ruso viene muy fuerte, aunque el italiano no ha trabajado nada y está entero. Ojo con el español, pues llega a su tierra, y con el francés, que está de cumpleaños". Cuando, por fuerza mayor, alguno de los ases de ese póker pasaba primero por la raya de meta, el viejo comentarista sentenciaba con tono triunfal: "Ganó el español. Ya lo decíamos". Sin embargo, es indudable que ese gracejo involuntario lograba hacer memorable una etapa que, por no haber asomado la nariz de los colombianos por ningún lado, amenazaba con ser la más banal.

Ahora vemos las grandes vueltas en la transmisión de ESPN. La narración del argentino Mario Sábato, a un mismo tiempo documen-

tada, ingeniosa e histérica, ha hecho que, en el fondo, no haya resultado tan difícil "hacer el cambio" desde los lejanos años del aceite Rimula. Con todo, se extraña el inocente folclor de los locutores colombianos; sin ellos, uno tiene la impresión de que alguien falta por llegar a la meta.

Juan Carlos Orrego Arismendi es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros *La selva cuenta. Pueblos y relatos*, *Cuentos que he querido escribir*, *Viaje al Perú* y *La isla del Gallo*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.